

El Mensaje

¿Para Quién fue?

POR LORENZO MEYER

DE entrada admito que quizá fue culpa mía y no del mensaje. Como muchos otros de mis conciudadanos, el viernes pasado me planté frente al televisor preguntándome: ¿para qué nos convoca el Presidente?, ¿qué decisión habrá tomado que le lleva a movilizar la opinión pública en esta forma y fuera del calendario político habitual? Supuse que tenía que ser algo muy importante.

Me imagino que la promesa de un mensaje presidencial especial, dado desde el mismísimo Palacio Nacional —donde normalmente el Presidente no está— ante varios centenares de “notables del sistema”, hizo que en el mexicano común y corriente que se interesa por la cosa pública —que no son todos— afloraran los temores o esperanzas más variadas, dependiendo de su condición social y personalidad. Aquellos en los que domina el temor, imaginaron noticias terribles relacionadas con el tipo de cambio o cosas parecidas. Otros, los optimistas y que tienen predilección por políticas conservadoras, esperaban que el Presidente anunciará decisiones tales como el retorno de la banca a manos privadas o una política de puertas abiertas al capital externo. Estos ejemplos no los inventé, me los dijeron. En mi caso, y sin tener ninguna razón objetiva para ello, me vino a la mente la imagen del general Cárdenas y su inesperado mensaje radial al país el 18 de marzo de 1938. También, en un rincón de la mente se me apareció Alan García. Insisto, no había nada en concreto que me permitiera suponer que el mensaje presidencial iría por el camino de la confrontación con los poderosos intereses de la banca internacional, eran sólo mis fantasías. Sin embargo había un he-

cho contundente: la caída estrepitosa del precio del petróleo, es decir del producto que representa 70% de nuestras exportaciones; esto permitía suponer decisiones igualmente dramáticas por parte del gobierno. Después pude comprobar que no fui el único que se dejó llevar en esa dirección por su imaginación. Me equivoqué.

EL Presidente nos dijo, en esencia, que pese al hecho de que México va a dejar de recibir seis mil millones de dólares anuales por la baja en el precio internacional del petróleo, la política económica va a seguir siendo básicamente la misma, que quizá la táctica se tenga que modificar pero no así la estrategia. En efecto, los lineamientos de política económica que se presentaron en el mensaje al pueblo de México —la política de gasto e ingresos públicos, la comercial, la cambiaria, la monetaria, etcétera— no contenían, en el fondo, ningún elemento nuevo; fueron una reafirmación de lo que el Presidente y sus secretarios de Estado ya habían dicho en otras ocasiones.

Es muy posible que esta política de austeridad reafirmada en el mensaje del 21 de febrero sea la única realista. Quizá. Sin embargo, queda abierta la pregunta: ¿era necesario movilizar a la opinión pública para, simplemente, decirle lo mismo que ya se le había dicho? No sólo eso, quizá la forma en que se dio el mensaje no fue la mejor. Estaba lleno de frases generales y vagas que no ayudaban en nada a que el mexicano normal comprendiera cuál es, en concreto, la política oficial. ¿Qué es

lo que le pueden decir frases como las siguientes a un chofer, un obrero o una ama de casa de la clase popular?: “Se continuarán liquidando o vendiendo las entidades no prioritarias”, “se mantendrá una política de precios y tarifas realistas”, “se seguirá insistiendo en mejorar el nivel de eficiencia y productividad del gobierno y las empresas públicas”, “se apoyará a las empresas medianas y pequeñas”, “se reitera el propósito de que los instrumentos de captación tengan rendimientos realistas”, etcétera. Mi impresión es que no le dicen nada y que después del mensaje se debieron de quedar tan en blanco como al principio.

★

CUANDO dejé el televisor, me pregunté ¿a quién le quiso hablar el Presidente? ¿Quizá a los invitados que tenía frente a él en Palacio? Pero ellos ya sabían lo que se les dijo. Desde luego que no se habló para los televidentes ordinarios que escuchaban el mensaje en

26-II-86

sus hogares. Después de pensarlo por un momento, no me quedó más que suponer que el verdadero público del mensaje estaba más allá de las fronteras de México: los banqueros a los que les debemos casi cien mil millones de dólares y a sus gobiernos.

Todo indica que ellos sí captaron el sentido profundo del mensaje y que están dispuestos a modificar las condiciones en que México les pague lo que les debe, pues de lo contrario no les vamos a pagar nada, porque, según dijo el Presidente, no estamos obligados a lo imposible. Así pues, y siguiendo una tradición de la política mexicana, el 21 de febrero se habló a un auditorio pero pensando en otro.

Todo está bien si acaba bien. Sin embargo, en mi opinión, no conviene repetir esta experiencia muy seguido. El público mexicano está esperando — y tiene derecho — a que se le hable directamente a él, de lo contrario la siguiente vez que se le convoque no va a prestar atención.